

## TRES CUENTOS PARA LOS NIÑOS DE ALMERÍA

Los personajes que protagonizan los tres episodios que siguen, creo yo, que no llegaron a conocerse. Al menos, a reconocerse en lo que aquí les identifica. Vivieron en el mismo barrio, pero en épocas diferentes, aunque próximas en el tiempo: la Segunda República española, el final de la Guerra Civil y la ominosa posguerra que le siguió. Apenas los doce años que transcurren desde el 14 de abril de 1931 a los primeros años de la década de los cuarenta, cuando aún persistían las cartillas de racionamiento.

A dos de ellos pude alcanzar a verles por la calle, al tercero, sólo por referencias orales. Ninguno de los tres alcanzó a vivir la normalización democrática, ni pudo ver al dictador morir en su cama.

Aquellos sucesos los conocía desde niño, de haberlos oído relatar alguna tarde de invierno, en una noche de verano tal vez, pero no los presencié. Nunca llegué a ponerlos en relación. Vivían en mi memoria de forma independiente y autónoma, hasta hoy, que por uno de esos azares de la edad, vinieron a juntarse. Lo que les une, que puede parecer poco, fue una singular y particular carrera bajando la misma calle; aunque por causas bien distintas y, como digo, en circunstancias políticas distantes.

Sus coetáneos, los que pudieran reconocerles en estas pinceladas con vocación literaria, ya no es probable que vengan a contradecirme. Así, pueda yo, dejar volar la imaginación para llenar los huecos, los intersticios vacíos de noticia y recrear, recrearme imaginando sus vidas, tratando de darles vida con este apunte.

El relato oral se difumina, desaparece desplazado por una profusión de imágenes, noticias, y una avalancha de letra impresa. Cuando esto sucede, sin tiempo material para digerir una mínima parte de lo que se difunde, se pierden los matices que el lenguaje, en su transmisión sosegada y tranquila, ponía en las historias. Los sucesos, cobraban vida en el imaginario popular, se convertían en mito, parodia, chascarrillo, leyenda, cuento... para crecer, agrandarse o achicarse en la singular dicción del narrador. Cada época tiene, en fin, su particular forma de expresión y transmisión del pensamiento. Y fue el caso entonces, en ese tiempo, que la letra impresa era escasa, torcida, amañada y, tal vez por eso, las gentes se refugiaron en la tradición oral de los cuentos.

## ¡QUE ME BAJEN LA LUNA!

Cometa, luna, cachirulo, chucho... ¿cuantas palabras más para referirse a ese sencillo artilugio? Su sola pronunciación nos sugiere ese juego infantil de elevar cometas, de ver volar sus colores al viento. Su antigüedad se remonta milenaria en la insondable cultura de la China. El comerciante chino, en sus bazares, ahora las vende a precios muy asequibles en materiales resistentes y ligeros. Cuando esta historia se despliega, los niños, confeccionaban sus propias cometas. Lunas les llamaban en aquel barrio.

Su construcción, puede seguirse ahora en cualquier cuaderno de manualidades, encontrarse en páginas ex profeso de la Red, o se pueden adquirir las habilidades necesarias bajo la supervisión de un profesor atento. No así en ese tiempo. Los materiales precisos eran: papel de seda, un armazón de caña, cola o pegamento, un retal de tela para la cola y un cordel fino y resistente a ser posible de bramante. Para ser precisos con el lenguaje que entonces se empleaba, lo diré con las palabras al uso: papel fino, tiras de caña, engrudo de harina, un tirajo de trapo y una guita larga. Si algún chiquillo se hubiera atrevido a utilizar las expresiones: armazón, seda, cordel, bramante... además de provocar la risa, hubiera sido tachado de "fino", que no era precisamente un piropo. ¡Maravilla de las palabras!, la realidad se crea con sólo pronunciarlas.

En esa calle de la Medina, en sus casas de una sola planta, convivían desde las clases más menesterosas hasta profesionales, comerciantes de escasa fortuna y obreros manuales. Un abogado en ejercicio, de cuyo nombre no logro acordarme, ocupaba el edificio más sobresaliente; con fachada de piedra y portal con friso de azulejos esmaltados. En las casas más modestas, la fachada se revocaba con cal y, el friso, era un zócalo pintado de distinto color. Así es que, aunque pared con pared, los ricos tenían friso y los pobres, zócalo. Pero vivían en el mismo barrio. La ciudad, puede decirse, que era más igualitaria entonces que ahora. Acogía en la misma calle a las más variadas biografías.

Los juegos de la calle tenían un protocolo que nunca llegó a escribirse en manual alguno, pero que formaba parte de un conocimiento que era preciso respetar. Estaban, por decirlo en términos de tiempo, adaptados a las cuatro estaciones del año: *¡El día de los finaos, trompos y petos al terrao!* Y se acababa lo de bailar el trompo y jugar a las canicas cuando terminaban las vacaciones. Los *güitos*, eran los huesos de los albaricoques y con ellos se jugaba en verano: a pares y nones, alza y tapa, y se hacían pitos. Los huesos de las cerezas se convertían en peligrosos proyectiles, lanzados con una ingeniosa pistola hecha de una pinza de la ropa. Las cajas de

cerillas daban mucho de sí. Llenas de arena se utilizaban para el juego del rey verdugo y sus dos caras recortadas para jugar a las estampas, que se les decía santos. Las chapas de los refrescos eran también de gran versatilidad. Servían para organizar equipos de fútbol donde el balón era un botón, para carreras ciclistas de un sinuoso trazado pintado con un trozo de yeso... ¿Las cometas?, las cometas eran del viento y de los espacios abiertos. En un momento impreciso que no consigo recordar, alguien salía a la calle con una luna, y se abría la veda: ¡todos a conseguir los materiales que ya hemos dicho! Y, para hacerlo aún más difícil si cabe, sin dinero, ni una perra chica.

En el tiempo que digo, menos aún, que un billete de dos pesetas era una pequeña fortuna para un zagal. La República hizo una emisión sobria en 1938 de uno de esos billetes de a dos pesetas. En el anverso se representaba la cara de una mujer con el gorro frigio, esto es, la misma imagen de la república. Como contrapartida, los sublevados, emitieron otro de igual valor y año con la catedral de Burgos y las agujas de sus torres apuntando al cielo. Debajo del valor del billete rezaba: *II año triunfal*. La República era más sobria, debajo del rostro de aquella hermosa mujer, decía: *Ministerio de Hacienda y Economía*.

Los billetes siempre han tenido colores y dibujos atrayentes, el papel de seda más común era blanco, las cometas necesitan una nota de color que las caracterizara. Los de veinticinco, cincuenta, cien, quinientas o mil pesetas, por su tamaño y colores diversos, una verdadera tentación, aparte de una rareza: ¡Quinientas pesetas!, tres sencillos euros en moneda metálica de ahora.

Cuando el abogado salió del portal de su casa con friso, en bata de casa y zapatillas, dando gritos como un poseso: ¡Que me bajen la luna, que me bajen la luna!, los vecinos pensaron que se había vuelto loco de remate. La gente sencilla del pueblo salía de sus casas con zócalo preguntándose intrigadas: ¡que es lo que es, que es lo que es!

Los niños jugaban en la explanada del puerto a elevar cometas o, lunas, mientras el abogado emprendía una loca carrera por la calle principal de la Medina dando esos gritos desaforados. Le siguieron buena parte de los vecinos por ver en qué concluía aquella petición extravagante que no llegaban a comprender. Y allí se fueron todos en tropel. Llegaron a la altura del grupo de muchachos extasiados en las alturas y presenciaron, con ojos asombrados, cómo arrebatava el canuto de caña donde se enredaba el hilo palomar de las manos de su hijo. Se puso a jalar a grandes brazadas de la luna, sin mucho miramiento: se confirmaba la sospecha de que aquel hombre había perdido un tornillo. Una persona de su edad y posición, ¡quién lo diría!

Conforme bajaba la cometa, ésta iba dando bandazos en el aire, mostrándose plana y de costado, espejeando en unos parches de colores verdes y azules de un cobalto intenso. Lucía airosa de colorido y destacaba con brío sobre las demás, en las que el papel blanco predominaba. Cuando llegaba a unos metros de las manos ansiosas del abogado, cabeceó, y una ráfaga de viento la hizo zozobrar viniendo a dar de mala manera en el suelo. Se descoyuntó en sus frágiles costillares de caña quedando seriamente averiada. El corro de curiosos se cerró en torno a aquel hombre tembloroso, que despegaba con gestos nerviosos los parches de colores de un engrudo que aún se mantenía tierno.

Los parches de la luna, la que le daban ese vistoso aspecto, eran billetes de banco de cien pesetas, colocados del anverso y del reverso. En su cara principal lucía el busto de Gonzalo Fernández de Córdoba, El Gran Capitán, en una emisión de 25 de abril de 1931, recién proclamada la Segunda República.

Como hecho verídico se lo escuché a la tía Eloísa Limones, siendo ya anciana, con profusión de nombres y detalles que le daban al relato la nostalgia de un tiempo añorado, que le traían el recuerdo de los seres queridos ausentes. Como los sellos pegados en las cartas con ribetes azules y rojos que recibía, y aquellas enigmáticas palabras que parecían volar en la parte superior derecha del sobre: *Air Mail*. Eran las cartas de su hermano Eduardo, desde Caracas, en la diáspora que siguió al término de la Guerra. Aquellas esperadas misivas de ultramar, que llegaban por avión, eran su único consuelo. Venían volando, con aquel parche del sello, como la luna del suceso que, convertido en leyenda, hoy yo, te cuento.

## ¡CORRE, NICETO!

No fue éste Niceto el conocido Presidente de la República, aquel fue don Niceto Alcalá-Zamora y Torres, natural de Priego, Córdoba. Ni alcanzó el título de don ni tuvo su insípida vida otro hecho digno de conocer que el que aquí viene a contarse. Era, el tal Niceto, alto y desgarbado, cargado de espaldas, con un ceño siempre fruncido y cara de pocos amigos. De su vestimenta, conservó siempre la camisa azul, con el bolsillo izquierdo bordado con la “telaraña roja”: el yugo y las flechas de la Falange española. Tenía aspecto, ¿cómo lo diría?, de deshollinador; esa sería la definición que mejor cuadraba al personaje. Por lo demás, podría despacharse toda su historia en dos líneas, si no fuera por otra sonada carrera bajando la calle principal de la Medina.

Lo que son las coincidencias. En el año que esto se escribe se celebran en su ciudad natal “Los Juegos del Mediterráneo”. ¡Paradojas del destino! Pero las carreras que aquí se describen no tienen nada que ver con la práctica del atletismo, sino como ya es notorio, razones muy distintas.

Era, dicho con el vocabulario actual, un reconocido facha, empleando la cuarta acepción que da a esta palabra el María Moliner: ultraderechista. No era ese el sentido que se daba a la expresión. Entonces, hacía referencia al aspecto externo, la forma desmañada en el vestir, el de una persona ridícula. En cualquier caso, al personaje, cuadraban perfectamente las dos definiciones.

Por su entrega a la causa ejerció, voluntarioso y diligente, el puesto de alcalde de barrio. Distinción menor que se otorgaba a las personas de escasos méritos, pero sobre las que no cabía lugar a la duda de su adhesión inquebrantable al Régimen. Lo de régimen, sonaría trágico en aquellos tiempos de escasez de todo lo comestible y, tal vez por eso, la astucia popular encontró en la riqueza de la lengua castellana otra expresión para sustituirla. Los vecinos de aquel barrio nunca decían, ni dicen: estoy a régimen, sino: estoy a plan. En ésta ubérrima palabra, de la que pueden extraerse hasta once acepciones distintas y otras tantas frases en las que interviene de forma principal, encontraron la solución para sortear y no citar, siquiera inocentemente, lo del Régimen. Puede ya entenderse, que con la excepción de este conspicuo vecino, el resto habían militado en el campo republicano.

El empleo de alcalde de barrio, no nos engañemos, era entonces una especie de comisario político designado por la Jefatura del Movimiento, del que era titular el Alcalde que, a su vez, era designado por el Gobernador Civil. Y aquí encontramos otra expresión que daba para no pocos chascarrillos. La malicia popular, con su ingenio característico, pedía otorgar al General el premio Nóbel de física, ya que no era poco

mérito haber demostrado: “la inmovilidad del Movimiento”. El pueblo se defendía con las pocas armas que le quedaban: el buen humor. Ya, que las otras armas, como se decía en el último parte de guerra: *vencido y desarmado...* las tuvo que entregar. Con esas armas sobrevivía, inventando palabras, sorteando las que no quería emplear, haciendo gala de un conocimiento preciso del lenguaje.

No fue el único que escuchó ese fatídico parte de guerra. La radio, incluso las de galena, eran el medio de comunicación con el exterior. La utilidad de la radio quedó ampliamente demostrada andando el tiempo. Aquel Régimen no consiguió filtrar las ondas hertzianas, como hacía con la prensa en su rígida censura. Radio España Independiente, La Pirenaica como se le conocía familiarmente, se escuchaba de tapadillo en algunas casas durante la dictadura. Nunca mejor dicho lo de tapadillo, que para que el caso nos viene al pelo. Para evitar llegaran a la calle las noticias de aquellas emisiones, los que se atrevían a sintonizarla, tomaban la precaución de taparse con una manta. Algo así como si estuvieran tomando vahos de eucalipto. La manta concentraba el sonido evitando ser escuchado por oídos inadecuados. Semejante precaución, que puede parecer una excentricidad, fue utilizada ampliamente en lugares bien diversos de la geografía española. Narraciones de personas que lo presenciaron me lo han corroborado.

Puede entenderse ya, a estas alturas del relato, que Niceto escuchaba la radio. Es posible que sintonizara la emisora de los que pregonaban su victoria desde Burgos y, casi seguro, que utilizara el procedimiento de la manta. Hay que advertir, que hasta ese día, Niceto estaba en la zona republicana.

Dicen las gentes que salió del portal de su casa dando grandes voces de: ¡Arriba España, viva Franco!, que por lo visto fue un ritual que hizo fortuna en las voces de ordenanza que hubo que aguantar durante treinta y cinco años. Obligaban al personal a que las dijera y si no se demostraba el suficiente énfasis, entusiasmo patriotero, se corría el peligro de ser tachado de desafecto. Ese significado preciso, no afecto al Régimen, barrió su otro uso como complemento: falta de afecto o cariño. La carga semántica de las palabras tiene mucho que ver con el tiempo histórico. De ahí ese otro vocabulario popular que se argumenta, que tuvo que inventarse la gente, para no despeñarse en la negra desesperanza.

A esos gritos de ordenanza, y en saliendo del portal, atrancó a correr como alma en pena; porque en verdad daba pena verlo: flaco como un espárrago, demacrado como la estampa de la muerte, famélico y debilitado. Su heroico comportamiento, durante la contienda, consistió en permanecer escondido en el hueco de una chimenea. Debilitado como estaba, por la vigilia de su encierro y la falta de ejercicio, dio un traspié y cayó cuan largo era en medio de la calle. A sus gritos de

dolor acudieron los vecinos a socorrerle y le llevaron a su casa en unas angarillas improvisadas. Con su barba de semanas, tiznado aún por el hollín de la chimenea y descalabrado, lo entregaron como un estrafalario Quijote de vuelta de su primera salida triunfal.

Se le vio algunos días, luciendo marcial su cabeza vendada, enfundado ya en la camisa azul, sacando pecho. Pero todos sabían cómo se produjo aquel destrozo que él exhibía como verdaderas heridas de guerra, aunque todos callaban. Y, como dice el refrán que, el que calla otorga, como auténticas él las mantuvo en su personal expediente de sufrimientos por la patria.

Fue treinta años después, en los años setenta del siglo XX, que llegué a conocimiento de la verdadera historia. La gente empezaba a hablar, a llamar a las cosas por su nombre, arrinconando las palabras que les sirvieron para camuflarse, ocultar su sentir verdadero. Niceto languidecía en su cama, como el Régimen, muriendo de muerte natural. Alguien tuvo un gesto de compasión y refirió su nombre, el de su enfermedad, y dijo que estaba a un “traspíe” de la tumba. Le había traicionado el subconsciente trabucando el conocido dicho: a un pié de la tumba. Se dio cuenta de su error, se sonrió, y nos refirió la historia que acabo de contaros.

## LA CARRERA DEL ALPARGATERO

El verdadero alias de Paquito fue en un principio, El Alpargatero, patronímico heredado de la profesión del padre hasta aquella gloriosa carrera que le cambió la vida y el apodo para siempre. Languidecía a sus casi cuarenta años, apoyado en el quicio de la puerta; liando y fumando uno tras otro cigarrillos de picadura a la espera de los escasos clientes, que aún adquirían las artesanales alpargatas de suela de cáñamo; escapándose a hurtadillas hasta el bar de Juanito a tomarse un vaso de vino, y saludando despreocupadamente al vecindario. Se colocaba justo debajo del reclamo, de una alpargata de considerables dimensiones, que a modo de luminoso sin luz daba cuenta de su mercadería. Su ociosidad fue la causa de su posterior destino, del cambio de mote y de los avatares que luego le sucedieron. Predestinado a la soltería por su natural simplón y falta de luces, vivía feliz viendo pasar los días y a la gente, por aquella animosa calle de la Medina que reunía todo el comercio del barrio. Y digo que fue su ociosidad la causa pues, de haber tenido clientela que le retuviera en el interior de la tienda, no hubiera dado en mirar en dirección al estanco y, descubrir, a la estanquera barriando de buena mañana la acera de su negocio.

No había reparado antes en el garbo que le imprimía a la escoba. La verdad era, que en la corta distancia, cuando se acercaba a comprar el cuarterón de tabaco, la miopía de la muchacha y unos ojos redondos y saltones, detrás de los gruesos cristales de culo de vaso, no eran como para despertar pasiones. El mostrador ocultaba la mayor parte de su anatomía, sus mejores gracias, esas caderas que movía al ritmo de la escoba y en las que se fijó por casualidad Paquito, esa infausta mañana.

Andrea, naturalmente, era La Estanquera, y nadie se acordó ya de su nombre de pila cuando relevó al padre y se puso a despachar en el establecimiento. Eso sí, bajo la atenta mirada de su progenitor, que no dejaba la silla de anea donde se aposentaba vigilante la mayor parte de la jornada ni para desahogar la vejiga. No tuvo por tanto ocasión Andrea La Estanquera de insinuarse a Paquito. El Alpargatero, era el único pretendiente que barruntaba ella quedaba a su alcance: la inquisitorial presencia del padre se lo impedía. Así es que dio en cavilar sobre la mejor forma de hacerle patente sus otras virtudes, consciente de su escaso atractivo en el cara a cara, con aquella argucia de barrer la acera con cadencias de habanera, cuando el mozo salía como centinela impenitente de su improductivo negocio. Y Paquito entró al reclamo.

Siguió un noviazgo de sobresaltos –si a aquello se le podía llamar noviazgo–, de encuentros fugaces en la esquina del estanco, cuando al padre le apretaban sus urgencias fisiológicas de cada mañana y Andrea se asomaba para darle aviso de que



el campo estaba libre. Paquito atravesaba la calle pavoneándose, con los pulgares en las hebillas de sus tirantes y la colilla del tabaco en la comisura de los labios.

Y todo hubiera quedado en aquella relación sin emoción ni sustancia, en esos paseos mañaneros de Paquito sin concretar un compromiso, si las habladoras, que empezaron a correr de boca en boca, no hubieran tejido la trama de los acontecimientos que siguieron.

No pasaron desapercibidas aquellas escapadas furtivas al ojo atento de los hermanos González. En los descansos que se concedían en sus saltos a la comba, en las series de puñetazos al saco de lona, en las fintas de cintura boxeando sombras... Tenían el gimnasio habilitado en los bajos de su vivienda, separada del estanco por una estrecha calle, y repararon pronto en los encuentros regulares de la singular pareja. Su primera maquinación dejó al descubierto el idilio ante el genio vivo del padre.

—...Su yerno, que como el hombre anda tan atareado, que me manda a preguntarle el número que calza, para unas alpargatas que le está haciendo.

El estanquero montó en cólera y hasta cambió sus hábitos, la regularidad de su intestino, para no dejar el puesto de vigilancia de la silla. Un alpargatero era poco pretendiente para su única hija y menos que nadie aquel simplón sin fuste, haragán sin oficio ni beneficio, bebedor y fumador reconocido. Tenía el catálogo de todos los vicios que entonces se permitían y ninguna de las virtudes que era menester para ser aceptado por el estanquero: sobrio hasta la racanería, laborioso como una hormiga al pie de su negocio, carente del hábito del tabaco y mucho menos, del vino. Así fue que la prohibición terminó siendo tajante: “Bajo ningún concepto permitiré esa relación con semejante espantajo”. Andrea, en apariencia, se plegó a la autoridad del padre sin oponer resistencia, aunque ya maquinaba para sus adentros nuevas y más elaboradas argucias para sortear el estrecho marcaje al que le sometería en adelante.

Los González, entre puñetazo y puñetazo, sin veladas de boxeo a la vista, encontraban en estos episodios ocasión para sus enredos y trapisondas. La tomaron con Paquito, que soportaba con la paciencia de un santo las bromas, los recados de parte de su suegro y las notas falsas de su enamorada.

Paquito no era tan simple como para desconocer el bronco carácter del estanquero, y se guardaba de comparecer, ante los supuestos requerimientos que los González le pasaban de que su suegro quería verle para concertar lo de la boda. Se lo tomaba, como todo en la vida, con la despreocupación que le era consustancial. Se sonreía sin malicia y se dejaba llevar por los acontecimientos.

No consiguieron su propósito, de una escena en medio de la calle, con el estanquero vociferando. Paquito, esta vez, no entró al trapo. Guardaba las distancias

al estanquero y se hacía el distraído dando caladas a su cigarro sin reparar en las llameantes miradas que le lanzaba el malogrado suegro desde el otro lado de la calle.

Los González no abandonaban tan fácilmente una presa. Sus fallidos intentos de enfrentar al cándido de Paquito ante las furias del estanquero, les empecinaron aún más en su propósito de montar aquel espectáculo para divertimento general. De casta le venía al galgo, de los genes de la madre, que el padre tuvo que poner tierra de por medio, la frontera de Francia nada menos, para evitar una condena segura por su militancia acreditada: el estigma de rojo. Andaban ya con la esperanza perdida de conquistar un título que les llevara a la capital, a dar el salto definitivo a la fama. La dureza del oficio precisaba de esos desahogos, de bromas cruentas, de ver brotar la sangre de la herida abierta. Como en el ring, fajándose con el contrario, aguantando, fintando: el humor popular era entonces tan duro como la vida.

Aquellos enamorados tuvieron que cambiar las horas de sus citas, y como Paquito no podía ya pisar ni la puerta del estanco, aprovechaba Andrea sus encuentros de tapadillo para llevarle el cuarterón de picadura y el librito de papel de fumar. Se refugiaban, a la sombra de un portal, a contarse sus cuitas de amores incomprensidos, hasta que el viejo estanquero les descubrió y le impuso a la pobre Andrea una reclusión de clausura.

Aquella prohibición terminó por desatarle los bríos al alpargatero, que encontró los arrestos suficientes para rebelarse contra lo que consideraba una tremenda injusticia. También, porque el suministro de tabaco se había cortado, y su obligada abstinencia le llevó a un estado de desasosiego que no era propio de su carácter pacífico. Peroraba en el bar de Juanito sin recato y maldecía del tenaz estanquero al que podía llevárselo el mismísimo diablo. A los desahogos asistían los González, azuzando sus quejas, avivando el fuego de su desacuerdo y tramando planes para reanudar los interrumpidos encuentros. Sus amoríos, tan revueltos como la época adversa que les tocó vivir, se vieron en medio de la calle para general jolgorio y quebranto de sus esperanzas. La llama tenue que prendió en el corazón del Alpargatero por casualidad, sin él proponérselo realmente, corría el peligro de extinguirse por los prejuicios familiares.

Cuando ya todos le huían ante sus requerimientos continuos de que le invitaran a fumar, los hermanos boxeadores le metieron en la cabeza la idea. Les miró sorprendido al pronto, pero se fue cavilando seriamente la proposición.

—...Tú, lo que tienes que hacer, es llevarte a la novia.

Desazonado con la decisión a la que le enfrentaban, deambuló todo el resto del día por la tienda con las manos cruzadas a la espalda, en un mar de confusiones. Calculaba que una cosa era aquella relación sin demasiado compromiso ni horizontes

en la que se dejó enredar y, otra bien distinta, dar el paso definitivo a un seguro casamiento. Las responsabilidades que se imaginaba no eran peccata minuta.

Mientras esto sucedía, los González se prestaron gustosos a hacer de correos voluntarios y, de paso, trabucaban las notas que les pasaban con picardías cada vez más subidas de tono: el ardor de los amantes se encendía por momentos.

El alpargatero y la estanquera se convirtieron en la comidilla del barrio. Todos estaban pendientes del desenlace de aquellos amoríos que se magnificaban con sucesos reales o imaginarios, que los González se encargaban de pregonar a los cuatro vientos sin el más mínimo recato ni piedad.

El domingo fue la apoteosis. La noticia corrió de boca en boca, desde la amanecida. El madrugador pescador no daba crédito a lo que veía. Se restregó los ojos pensando que era producto de una alucinación, creyendo que aún no estaba lo suficientemente despierto. Volvió a mirar con detenimiento, pero no había error: la enorme alpargata estaba colgada en la puerta del estanco y, el letrero de este, en el dintel de entrada de la alpargataría. No había duda, era el más elocuente anuncio de aquel compromiso, la estanquera y el alpargatero se prometían con aquella singular carta de presentación. Se interpretó como el cambio de regalos de una pedida de manos, eso sí, algo original. Le faltó tiempo al pescador para requerir a vecinos, amigos, y la calle se llenó de risas, de comentarios, de voces atrevidas requiriendo la presencia de la pareja. Sólo faltó un destemplado: ¡vivan los novios! El estanquero cogió uno de esos berrinches apoteósicos y gritó con todas sus fuerzas, para que le escuchara todo el vecindario, maldiciendo a los bromistas y anunciando denuncias y venganzas sin cuento contra los malhechores, a los que decía conocer de buena tinta y contra los que haría caer todo el peso de la justicia. Atrancó la puerta con la traviesa de hierro y se metió en la cama diciendo que aquellos disgustos le iban a matar.

Terminaron encontrando ocasión para pasar aquella nota, el lunes, cuando Andrea abrió de nuevo la puerta del estanco con los letreros restituidos a sus lugares de origen. El padre se quedó en la cama y no ocupó el sitio de su vigilancia. Se consumaba la proyectada huída, ahora era inevitable.

Amañaron las notas, concretaron la fecha para el día siguiente, como si se tratara de un secreto bien guardado, aunque como era de esperar, los muñidores de aquel despropósito se ocuparon de divulgarlo ampliamente.

Paquito El Alpargatero se asomó varias veces a la solitaria calle, era pronto, los nervios no le dejaron pegar ojo en toda la noche. Esperaba verla aparecer en la puerta, abrir el postigo, recorrer el cerrojo. En el suelo, en un pañuelo de hierbas, dispuso el hatillo: una muda y los enseres de afeitarse. Se palpó el bolsillo y repasó

mentalmente el caudal que llevaba, no tenía idea de si era suficiente, era todo lo que poseía.

Empezaron a caminar cogidos de la mano, con miradas fugaces a las ventanas, temiendo ser descubiertos. A saltitos, como pájaros que se atreven a posarse en el suelo, tímidamente. Fue ella quien los descubrió, a la pandilla de guasones encabezada por los hermanos González que les esperaban apostados en la siguiente esquina, y emprendieron una loca carrera calle abajo, sin soltarse las manos, unidos para siempre.

La alpargatería cerró, aunque quedó por mucho tiempo aquel enorme reclamo sobre la puerta. Paquito, ahora con el apelativo de El Liebre, por la atlética carrera que desplegó en su huída de amor, regentaba el estanco con cara de satisfacción y engordaba a ojos vistas. El viejo estanquero se recluyó en el ostracismo hasta que murió de una apoplejía.

Los hermanos González dejaron el boxeo. La última derrota del menor, Juanito, ante su eterno rival, Rodríguez, eclipsó definitivamente sus esperanzas de lograr el título de los pesos pluma. El barrio se fue vaciando lentamente, las gentes se mudaban al ensanche, a modernas casas de nueva construcción.

Todos aquellos fantasmas del pasado me asaltaron cuando emboqué la calle recién empedrada, desprovista de los comercios que yo recordaba, vacía de gente. Repasé mentalmente tratando de imaginar cada uno de los establecimientos, las casas de los personajes, el escenario donde se desarrolló aquella rocambolesca historia de amor. La alpargata ya no estaba, pero el estanco permanecía abierto. Entré y me tropecé con una reja de protección que separaba la expendeduría del espacio reservado a los clientes. Pedí una cajetilla de tabaco mecánicamente, observando, cuando se volvió y contemplé a una muchacha de notable belleza dándome el cambio: ¿Sería esta guapa muchacha la hija de los protagonistas? Viéndola, nadie diría que fuese fruto de aquel compromiso apresurado, de la única carrera que acometió su padre en toda su vida. Siendo así, como parece ser, mereció la pena aquel galimatías de enredos y componendas.

El barrio se quedó sin memoria, sin juglar que cantara los sucesos de su pasado, de un tiempo duro es cierto, pero en el que las gentes sobrevivieron aprendiendo a reírse, todos los días, hasta de su misma sombra.

## TRES CUENTOS PARA LOS NIÑOS DE ALMERÍA

Francisco Pérez Baldó

Al profesor D. Ginés Bonillo, y a sus alumnos del IES "ALBORÁN" de Almería, como un ejemplo de la pequeña memoria digna de ser recordada. De esas notas de identidad de su pueblo, donde pueden encontrar ocasión y argumento para dar rienda suelta a su imaginación. Con estas tres carreras por la calle de la Almedina, mucho antes de que se celebraran los Juegos del Mediterráneo de 2005.